

Año 2, Vol. 2, Núm. 4 julio-diciembre 2016 | ISSN 2448-5241

Antrópica

Revista de Ciencias Sociales y Humanidades

Universidad Autónoma de Yucatán | Facultad de Ciencias Antropológicas



latindex



FOTOGRAFÍA ETNOGRÁFICA

La historia en nuestros cuerpos

The history in our bodies

Liliana María Gómez Montes
Universidad del Mar

Recibido: 4 de julio de 2016.

Aprobado: 4 de agosto de 2016.

En la costa de Oaxaca, en el distrito de Jamiltepec, encontramos comunidades mixtecas que se autodenominan Hijas de la Lluvia o Ñuu dsavui; estas son poseedoras de una antigua cultura con expresiones originales todavía vivas.

Cuando visité Huaxpaltepec, Pinotepa de Don Luis, Mechuacan y Chayuco, por primera vez durante 2014 y 2015, para realizar una investigación sobre textiles y tradiciones. Me llamó la atención que había señoras con el torso desnudo, quienes barrían frente a la puerta de sus casas. Era evidente que su desnudez era algo cotidiano para sus vecinos, pues a nadie le sorprendía.

Me alojé en casa de mis estudiantes, quienes pertenecen a la comunidad de Huaxpaltepec, aunque estudian en Bahías de Huatulco. Mientras desayunábamos, otras señoras llegaron a comprar las tortillas hechas a mano que se hacen en esa casa, sin embargo, venían cubiertas con un mandil de tela hecha en fábrica. Las más jóvenes visten con pantalones de mezclilla, tal como lo hacen todos los días de su vida universitaria. La mamá de mis estudiantes, quien es una maestra bilingüe de primaria, siempre usa pantalones de algodón hasta la pantorrilla y su blusa de tela industrial hasta la cadera.

Con el paso del tiempo comprendí algo de este código de vestimenta y algunas de las historias que se encuentran en ellas.

Las mujeres que vi durante el día en la calle llevaban como falda un lienzo de algodón pesado, de rayas rojas, moradas y azules, enredado, que le cubrían hasta los tobillos, dicha prenda se llama enredo, pozahuanco o che'e. Desde tiempos prehispánicos, ellas mismas lo han hecho tradicionalmente en el telar de cintura. Aunque es pesada y tal vez un poco calurosa para la costa, con esa falda las mujeres han hecho su vida con el torso desnudo y otras con el mandil. Las mujeres de torso desnudo son abuelas, personas mayores de sesenta y cinco años, en su gran mayoría monolingües, es decir, solo hablan mixteco. Las mujeres que llevan delantal son más jóvenes, son las hijas de estas abuelas, son bilingües con unos cuantos años de educación primaria.

El cambio definitivo se encuentra en las más jóvenes, para las que las nuevas tecnologías (celulares, computadoras), así como la carretera 200, ha modificado su vestimenta totalmente. Ellas se ponen el enredo y el mandil únicamente para las fiestas familiares y del pueblo. Por lo que me dijeron, mientras estuve desarrollando mi investigación en estos años, lo hacen con cariño, porque, sobre todo sus madres, se lo piden. Eso sí, un torso desnudo en las jóvenes sería imposible, ya que el cuerpo ha sido resignificado sin retorno. Es inolvidable el momento en el que mi alumna se dio cuenta de que si no existieran estos procesos tecnológicos, históricos y culturales, ella también podría estar con el torso desnudo... su rostro denotaba sorpresa, redescubría su identidad renovada.

Observé en las casas de las mujeres del pueblo las fotos familiares y pregunté sobre sus costumbres, y me percaté de que el mandil había llegado a mediados del siglo XX, como una prenda que cumpliría la función de cubrir la costumbre del torso descubierto.

Advertí que en esta parte de la costa, por decreto presidencial en 1954, se instaló uno de los Centros Coordinadores Indigenistas (CCI), del Instituto Nacional Indigenista (INI) en el distrito de Jamiltepec, Oaxaca. A partir de ese momento fueron más frecuentes las visitas de fuereños, ya fueran antropólogos, funcionarios o curiosos, intensificándose años después al construirse la carretera 200, que va a lo largo de la costa. Todo ello cambió la fisonomía del pueblo. Las mujeres cuentan que la mirada de los que llegaban les mostró que sus pechos podían ser vistos como algo impúdico o incluso provocador, por lo que, poco a poco, ellas fueron aceptando la propuesta de los trabajadores del INI, de que se tapasen con ese mandil. También les llevaron máquinas de coser y algunas aprendieron a hacerlos, en otros casos nos contaron que fueron sus maridos quienes se los compraron.

La maestra bilingüe Ynocencia Simón, madre de mis alumnos, fue un apoyo valioso, pues ella fue la llave que permitió que me adentrara en el mundo de estas mujeres, en su comunidad. Me tradujo sus expresiones, sentimientos, y me recibió con cariño y generosidad en su casa. Sin ella mi investigación no habría sido posible.

Con el tiempo comprendí el gran aprecio que las mixtecas tienen de sus textiles. Sus pozahuancos están llenos de historias familiares y es por ello que no desaparecen. Han buscado integrarlo en las escuelas como uniforme de gala para ceremonias especiales, así como sucede con algunas fiestas familiares. Las abuelas y las madres han asimilado que la gente de fuera tiene otras costumbres y que han penetrado en sus comunidades, sin poder controlar las buenas y malas influencias. La mirada de los otros sobre sus cuerpos transformó también su propia mirada, se les negó el derecho a su diversidad, con el argumento ideológico de que carecen de valores. Sigue vigente la afirmación de Bonfil Batalla, quien habría demostrado en sus diversos trabajos sobre nuestro México que aún se mantiene muy viva la lucha de los grupos sometidos. Estos buscan conservar y ampliar el ámbito de su propia cultura, frente a los intentos de la sociedad dominante colonizante, moderna, la cual no para de invadir todo espacio, buscando consolidar el control cultural, en beneficio de sus intereses y necesidades.

Para mí resultó de gran enseñanza y valor constatar que nuestros cuerpos, nuestros pechos, pueden vivirse de otras maneras, más ligeras, sin tener relación con la provocación, pues en ellas encontré unos pechos libres, capaces de recibir simplemente los rayos del sol.





Josefina de la Luz



Enredo, pozahuanco o che'e





Josefina Flores



Jóvenes de Chayuco, un día de fiesta



María Gómez



María Soledad





Mural en Huaxpaltepec



Izq. Ynocencia Flores

Der. Ynocencia Simón,
maestra bilingüe y Catalina
Plaza

Contacto de la colaboradora

Liliana María Gómez Montes
<mabeth_wonka@hotmail.com>

